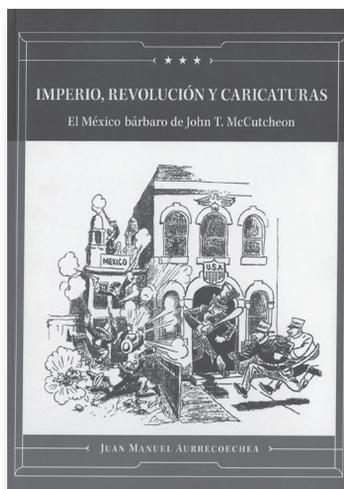

Sobre Juan Manuel Aurrecoechea, *Imperio, revolución y caricaturas. El México bárbaro de John T. McCutcheon*. El México bárbaro de John T. McCutcheon, México, Itaca/ Secretaría de Cultura, 2016, 336 pp., ISBN 978-607-745-409-0



Daniel Luna
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones
de México

Juan Manuel Aurrecoechea, experto en la historia de la historieta, encontró otro tema afín a sus intereses. En 2010, fue el curador de la exposición *La Revolución mexicana en el espejo de la caricatura estadounidense*, en el Museo de Arte Carrillo Gil, donde mostró cómo las caricaturas estadounidenses de esta época estaban llenas de prejuicios y violencia contra los mexicanos, pero también contra los protagonistas de la Revolución mexicana. Conforme con las caricaturas, los mexicanos éramos incultos, salvajes, ignorantes, borrachos, idiotizados, feos, prestos a la violencia y al asesinato. Las caricaturas estadounidenses sobre la Revolución mexicana reprodujeron la forma de pensar de un determinado sector de la sociedad de los

Estados Unidos, la del sector que veía en el país del norte un modelo de desarrollo económico y político digno de emularse a lo largo del mundo. En contraste, los caricaturistas retrataron a los gringos como honestos, valientes, astutos, mesurados, trabajadores, religiosos y educados. Lo que ahora podemos calificar como maniqueísmo, era el tono dominante en la prensa de la época. Por lo mismo, la caricatura fue un elemento fundamental en los diarios estadounidenses; era una forma bastante popular de esquematizar una realidad compleja, pero esta esquematización la hicieron de acuerdo con sus convicciones políticas.

De este cúmulo de caricaturistas, Juan Manuel Aurrecoechea escogió por evidentes razones de estilo, calidad y discurso a John T. McCutcheon “ideólogo y propagandista del imperio americano”, racista y fervoroso creyente en la supremacía de los blancos, quien fuera caricaturista estrella y reporter del *Chicago Tribune*, para hacer un estudio de caso, cuyo resultado es *Imperio, revolución y caricatura. (El México bárbaro de John T. McCutcheon)*. En el prólogo, Armando Bartra apunta el objetivo central de todo caricaturista: “Lo suyo no es escarbar en la política. No, ni tampoco chapotear en la sangre que tanto abundaba en sus tiempos. Su cometido es que las guerras y las revoluciones no echen a perder el café y las tostadas del desayuno a los lectores del *Chicago Tribune*”. Es decir, McCutcheon cuenta historias de guerra, revolución y muerte sin profundizar en el drama humano. Por el contrario, busca la manera de dibujar caricaturas que a la par de retratar el proceso revolucionario, también dejan claro el interés que el Tío Sam tiene en México, que la injerencia estadounidense es en provecho del país y de los negocios estadounidenses aquí establecidos. En pocas palabras, los nativos, sean filipinos, cubanos o mexicanos, deben estar agradecidos

con los Estados Unidos por encaminarlos por la senda de la libertad y el progreso material.

Así como en el México porfirista imperaron los postulados positivistas de orden y progreso, en Estados Unidos la Doctrina Monroe y la idea del Destino Manifiesto eran consideradas como verdades absolutas, incuestionables, divinas, sacrosantas. Estas dos ideas son centrales para entender el comportamiento político de Estados Unidos a lo largo de su historia. La Doctrina Monroe establece que las potencias europeas no debían inmiscuirse en las políticas de los países americanos, a propósito de los intentos de reconquista promovidos por la Santa Alianza. Sin la presión de las potencias europeas, Estados Unidos podía cumplir su Destino Manifiesto, la expansión al Oeste, primero, y los territorios del país vecino después. Desde entonces, los choques culturales entre Estados Unidos y México han sido numerosos, porque, hay que decirlo, la América anglosajona y la América hispana tienen historias propias, y un pensamiento político también particular, aunque hoy podríamos señalar que estos choques culturales son cada vez menores, gracias a una penetración cultural cotidiana, en la que somos consumidores de Netflix, de la oferta musical, de sus valores y creencias morales y de otras cosas peores como la comida rápida y la Coca-Cola.

En cuanto a los valores políticos, la idea del Destino Manifiesto, su apropiación por parte de la sociedad, y su uso político, fueron determinantes en el papel internacional asumido por los Estados Unidos, sobre todo después de 1898. Estos valores políticos fueron repetidos; reiterados por escritores, intelectuales, artistas y caricaturistas, quienes los vulgarizaron para ponerlos al alcance de sus lectores. Los medios de comunicación —el cuarto poder— son el medio idóneo para propagar estas

ideas entre amplios sectores de la sociedad. En el caso de los Estados Unidos, es conocida la historia de William Randolph Hearst, *El ciudadano Kane*, dueño de la información, experto en la manipulación mediática y en asociar sus intereses particulares con los de su país.

McCutcheon empezó a trabajar en el *Chicago Record* en 1889, en una época en que el periodismo estadounidense se había convertido en una gran industria. Entonces y ahora, el hombre civilizado es el hombre informado. El autor describe al caricaturista y su contexto durante la batalla de Manila de 1898, al registrarla, sin embargo, recurrió a la literatura para producir un artículo de consumo que reconfortara a sus lectores. McCutcheon regresó a Chicago en 1901 convertido en un cosmopolita refinado, pero con su aureola de corresponsal de guerra bien ganada, misma que le vale para entrar a trabajar en el *Chicago Tribune*. Partidario entusiasta del Partido Republicano se convirtió entonces en vocero oficial de esta tendencia política, se codeó con políticos, jueces y hombres de poder y dineros. Entre sus iguales McCutcheon sobresale por su carisma, pero también por ser un excelente dibujante, mordaz, sarcástico, profesa el humor negro y glorifica los símbolos estadounidenses, mientras denigra al “otro”, estilo que refinará en su estancia mexicana.

Así, para abril de 1914, fecha del desembarco estadounidense en Veracruz, McCutcheon decidió unirse a la aventura. Con permiso del general Josephus Daniels, secretario de Marina, McCutcheon arribó a Veracruz para encontrarse con una ciudad ocupada por soldados y periodistas. El reportero-caricaturista registró los pormenores de su viaje a México, las particularidades del buque que lo transportó, la vida bohemia y hasta parasitaria del ejército de ocupación. El libro de Juan Manuel Aurrecoe-

chea nos da la oportunidad de entrar de lleno al mundo de los *reporters*, de sus polémicas, artículos y valores morales.

Los reporteros esparcieron rumores, propagaron mentiras, se vanagloriaron de la invasión y señalaron “acciones civilizatorias” del ejército, como la limpieza de calles, la imposición de normas sanitarias, el exterminio de mosquitos y la instalación de mingitorios públicos. Por otro lado, Juan Manuel Aurrecochea señala el hecho de que en Veracruz se encontraban muchos corresponsales, pero sólo una forma de hacer periodismo, no hay contrapesos, incluso hay reporteros más radicales que McCutcheon, como Richard Harding Davis, quien, en carta a su esposa, habla de manera despectiva de las mujeres mexicanas. El *Chicago Tribune* afirmaba que “el mexicano trae el bandidaje en la sangre”, que el “canibalismo era común en el norte del país” y que los mexicanos son un tipo de salvaje mezclado: indio-español.

Para los reporteros estadounidenses, en la batalla y en la ocupación posterior se impuso la valentía e inteligencia de los gringos, pero Aurrecochea confronta dicha postura al señalar la fotografía del capitán Roy Dudley posando con tres cadáveres de mexicanos, que no parecen combatientes, en una imagen que asemeja las peores fotografías de abusos y violaciones de derechos humanos cometidos por el ejército de ocupación gringo en Irak, cuya cifra alcanzó los 280 mil presos, torturados y violentados.

El libro de Juan Manuel Aurrecochea es una verdadera zambullida en la historia del periodismo y de los valores imperantes en el periodismo estadounidense, pero de igual modo es un fresco de la Revolución mexicana vista a través del lápiz del dibujante. El caricaturista conoció al general Pancho Villa, al general Felipe Ángeles y a Luz Corral, a quienes retrató de manera descarnada. Es, en verdad, un libro que, aunque estudia caricaturas que son

agresivas para la sensibilidad mexicana, nos obligan a pensar en nuestras propias convicciones como sociedad. El desprecio clasista y aún racista es muy común en México, normalizado, que se presenta a cada momento, en conversaciones triviales y aún en escuelas y al interior del núcleo familiar. De la misma forma en que los diarios de ee.uu., les importaba poco las muertes y el sufrimiento de las personas, en años recientes también los periódicos mexicanos decidieron callar y esconder los episodios cotidianos de la guerra contra el narco, construyeron una narración paralela, criminalizaron a jóvenes inocentes, los “falsos positivos”, y celebraron la mortandad en aras de la paz social y del prestigio del entonces presidente de México. La sociedad mexicana, universidades incluidas, también decidieron voltear a otro lado ante la violencia desatada desde el poder. También nosotros podemos caer en el discurso del odio y en el desprecio por el más débil, por el pobre, por el supuesto bárbaro.

El “debate mexicano” en la prensa de los Estados Unidos tenía su dinámica propia, asentada en las creencias particulares del vecino del norte. Por un lado, la intención de la prensa y de las caricaturas políticas estaba dirigida a forjar una opinión pública favorable a la intervención militar estadounidense, “controlar” el proceso revolucionario y evitar la intromisión de intereses europeos en la región, pero, por otro lado, notas y caricaturas también evidenciaron sus fundamentos políticos. Por ello, la historia que nos presenta Juan Manuel Aurrecochea en su libro *Imperio, revolución y caricaturas. (El México bárbaro de John T. McCutcheon)* forma parte de la historia del periodismo, de la historia de la Revolución mexicana, de la historia de las relaciones culturales entre México y los Estados Unidos, pero es, principalmente, una historia de la caricatura y de los valores políticos imperantes en los cartones.